

La triple raíz de la posverdad / The Triple Root of Post-truth

Lee MCINTYRE, *Posverdad*. Madrid: Cátedra, 2018, 192 pp. ISBN 978-84-376-3869-0.

Hace cuatro años, en 2016, la palabra «post-truth» fue elegida por el *Diccionario Oxford* como la palabra del año. Ese término estaba en este momento muy en boga aunque su uso se restringía en general al mundo del periodismo. Sin embargo, esto cambió aceleradamente y en unos pocos meses ya era posible rastrear ese término en multitud de obras académicas de filosofía, de teoría política, de sociología, etc. Había nacido una suerte de subgénero en la literatura académica. *Posverdad y otros escritos* de Ferraris, *Post-Truth: How Bullshit Conquered the World of Ball* o *Post-Truth: Knowledge As A Power Game* de Fuller lo demuestran suficientemente. Pero ya desde el principio hubo una cierta sospecha: ¿y si al hablar de posverdad no hemos hecho más que sucumbir al gusto por la mera novedad? ¿No puede ser la posverdad más que la mentira de toda la vida? ¿Y si la posverdad no es más que la engaño, pero con la siempre gustosa patina de lo post (post-moderno, post-realista, post-sexual, etc.)? La duda parecía y aún hoy parece razonable.

*Posverdad*, de Lee McIntyre, en mi opinión, logra convencer de que al pensar la posverdad se está pensando algo genuinamente novedoso: muestra la legitimidad de su concepto y lo aquilata a la vez que expone lo que podemos considerar que es su triple raíz, que es psicológica, periodística y filosófica. A pesar de esto, y por paradójico que parezca, es difícil destacar una tesis principal. Quizás sea la propia definición del término «posverdad» a lo que uno deba atender como si de una tesis se tratase pues es a la corrección de esta definición a la que obedece todo el plan de la obra.

Lee McIntyre es *research fellow* en el Centro de Filosofía e Historia de la Ciencia de la Universidad de Boston. Su línea de investigación principal es la Filosofía de las Ciencias Sociales aunque ha tanteado también la Filosofía de la Química y recientemente ha debutado como novelista con *The Art of Good and Evil*. Para el caso que nos ocupa, nos interesa especialmente *Respecting Truth: Willful Ignorance in the Internet*

*Age*, publicada en 2015. En esa primera obra el autor defiende que la racionalidad científica es lo único con lo que podemos enfrentarnos a la desinformación que supura Internet. La ignorancia voluntaria que aparece en el título renovará nuevamente su papel protagonista en *Posverdad* (2018), que ha sido traducida al castellano con el título «Posverdad» por Lucas Álvarez Canga.

¿Qué es entonces la posverdad para McIntyre? La «subordinación de la verdad a intereses políticos» (p. 180). Comparada con la definición del DRAE o del OED advertimos que su definición es tan escueta, tan concreta, que puede que falle como definición. Pero, antes de enarbolar el martillo, apliquemos un cierto principio de caridad pues, aunque aquello a lo que se refiere McIntyre en su definición parece ser muy poco, esa especificidad puede ser en realidad su máxima virtud. Puede que si atendemos a la definición más como guía que como predicación de esencia, logremos entender lo que tiene de interesante la idea de posverdad o al menos introducirnos en ello.

A lo largo de *Posverdad* McIntyre nos presenta un relato en el que la narración histórica y la exposición e interpretación de experimentos psicológicos se entrecruzan con la sistematización filosófica de las ideas para mostrarnos la genealogía efectiva del concepto de posverdad. La obra cuenta con un prefacio, agradecimientos, siete capítulos de longitud similar, el antedicho glosario y la bibliografía. Para hacer más fácil la crítica, agrupo los capítulos de la siguiente manera. El primero, «¿Qué es la posverdad?», y el segundo, «La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad», forman un bloque en cierto modo preparatorio, propedéutico. El tercero, «Las raíces del sesgo cognitivo», explora la vertiente psicológica del fenómeno de la posverdad exponiendo una de las antedichas raíces. Los capítulos cuarto, «El declive de los medios de comunicación tradicionales», y quinto, «El auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas», constituyen el bloque que McIntyre dedica a la historia de la objetividad periodística para mostrar la antes mentada raíz periodística de la posverdad. El capítulo sexto, «¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?», profundiza en una las ideas más



polémicas del libro: la tesis de que el posmodernismo es, de hecho, el padrino de la posverdad (p. 159). Este último capítulo intenta justificar la existencia de la raíz filosófica aunque, en mi opinión, no lo consigue. El capítulo séptimo, «Combatir la posverdad», que es el más asimétrico, nos advierte tanto de los peligros de la posverdad como del modo en que podemos, justamente, combatirla.

El primer bloque analiza «una de las raíces más profundas de la posverdad» (p. 63), que no es otra que el sesgo cognitivo tal y como lo conceptuó hace varios años J.C. Wason. Para ello, McIntyre nos introduce las nociones de «efecto contraproducente», la «afiliación de equipo», el famosísimo «efecto Dunning-Kruger», el «sesgo de la negatividad», etc. Estas explicaciones, por cierto, pueden resultar sumamente estimulantes para el público filosófico, que ya está más habituado a pensar en las impurezas de la razón que a buscar una nueva razón pura a la que criticar. Sin embargo, el hecho de que examine «una de las raíces más profundas de la posverdad» no debe ofuscarnos: la raíz psicológica no es ni puede ser suficientemente explicativa como para entender la totalidad del concepto de posverdad.

Como causa probable de la posverdad se añade la embarazosa situación en la que se halla la prensa. Tras la crisis de la ética de la objetividad que aconteció a finales del s. XIX, los medios de comunicación se dieron cuenta de que «las noticias podían ser rentables» (p. 89), y, sin demasiados miramientos, se adhirieron plenamente a la lógica financiera. Los efectos colaterales de esto son bien conocidos: se incentivó que la controversia sustituyese a la verdad (p. 102). Paradójicamente, estar informado podía ser peor que no informarse (p. 93). Además, dado que se llegó a asumir la imposibilidad de lograr una información objetiva, la objetividad no debía ni presentarse como aspiración. Ni el objetivismo ni la voluntad de neutralidad eran ya ideas regulativas. Correspondía, en todo caso, diseñar opiniones pues, salvo gratísimas excepciones, para la prensa, incluso ya hoy, «la ideología es más importante que los hechos» (p. 94).

Junto al declive de los medios tradicionales McIntyre sitúa el auge de las redes sociales. En ellas se difuminan, nos dice McIntyre, aún

más las líneas de división existentes entre noticias y opinión (p. 111). Debido a que las redes sociales facilitan el acceso de los usuarios a las informaciones que más agradables les resultan (el famoso cómputo de «👍» en Facebook o de «♥️» en Twitter, Tumblr o Instagram), los perfiles se convierten en muchos casos en poco más que «silos informativos». En ellos sólo aparece la información que ya place al lector. Nada impide que el lector esté interesado en falsedades ni nada hay que vete a lo falso. McIntyre incluye en este punto la dinámica de lo *fake*. Llega por fin a las tan comentadas y criticadas noticias falsas. «Una noticia falsa –nos dice McIntyre– no es simplemente una noticia que contiene información falsa; sino que es falsa deliberadamente» (p. 120). Lo *fake* de las *fake news* no es lo falso, es lo mendaz. Y es lo mendaz porque, al mentir, el mentiroso se enseorea de una realidad que, aunque puede ser perfectamente alternativa o irreal, no deja de tener efectos. Es el momento post-fáctico. No es que los hechos no importen, es que estos quedan subordinados, gracias a la dinámica de la desinformación, a la voluntad del político que ahora fabrica la realidad. Para McIntyre esto es, justamente, la esencia de la posverdad.

Si el libro terminase en este punto, los problemas para la crítica filosófica serían relativamente escasos. Sin embargo, McIntyre avanza en la descripción que típicamente se da del fenómeno de la posverdad y se pregunta cómo puede haberse llegado a este punto. A nivel conceptual este es el bloque más interesante pues, según McIntyre, «una de las más tristes raíces del fenómeno de la posverdad parece provenir directamente de nuestras facultades y universidades» (p. 137). Ha sido, nos dice McIntyre, una parte de lo que se ha venido a llamar French Theory lo que ha posibilitado el dejar atrás la verdad. Pensar que «no existe ninguna respuesta correcta», que «sólo hay narrativa» (p. 138), abundar en la negación absoluta de cualquier verdad que se pretenda objetiva (p. 139). Estos son, por así decirlo, los pecados del posmodernismo, movimiento que, tanto para McIntyre como para tantos otros críticos de la posverdad, apadrina la noción de posverdad (p. 159).

Para sostener esta tesis McIntyre se remonta primero al problema del Diseño Inteligente. Tal





y como muestra Robert Pennock en su artículo «The Postmodern Sin of Intelligent Design Creationism» (2010), en las argumentaciones a favor del Diseño Inteligente pueden hallarse muchos puntos en común con el programa fuerte de la sociología del conocimiento. ¿Puede haber ocurrido, se pregunta McIntyre, lo mismo con los que ostentan la posverdad como mérito y los posmodernistas? La respuesta es que no sólo puede haber ocurrido sino que, de hecho, ha ocurrido.

No parece que la derecha alternativa que apoyó a Trump esté muy familiarizada con las teorías de Lyotard o de Derrida. A pesar de ello, McIntyre se esfuerza en mostrar que sí han existido nexos. Particularmente, McIntyre estudia la figura de Mike Cernovich, que es un bloguero altamente reconocido en los círculos de la *alt-right*, y que sí estudió y se familiarizó con los planteamientos filosóficos de las teorías posmodernas (p. 159). ¿Pero puede un simple bloguero contagiar del «virus posmoderno» a todo el trumpismo? Demasiado pronto, según creo, acepta McIntyre que esto pueda haber sido así. *Posverdad* no da cuenta de cómo un caso relativamente aislado como puede ser el de Cernovich puede servirnos para proponer directamente que el posmodernismo sea el padrino de la posverdad. Sólo con esto la condena que McIntyre pretendía imponerle al posmodernismo quedaría suspendida y sin efectos. No obstante, hay más. No sólo el posmodernismo podría ser el padrino a la posverdad. La tradición filosófica está llena de conceptos que se revuelven contra una noción rígida de verdad objetiva, que destruyen la prioridad de la verdad

y que hacen que la noción de realidad resulte en sí misma repugnante. ¿No podrían apadrinarla también Sellars o Gramsci? Pero más que centrarnos en la *pars destruens* de esta crítica, podemos observar cómo el concepto de posverdad que postula McIntyre depende de una comprensión de lo que es la verdad. Esto no significa que sea ilegítimo sino que acota su sentido evidenciando su carácter contingente. Podemos decir, completando quizás el análisis de McIntyre, como si de un lema se tratase, que lo posverdadero sólo se da en tanto que posverdadero desde una determinada dimensión de lo verdadero.

A pesar esta última crítica, no puedo dejar de recomendar *Posverdad*. La definición de la posverdad que nos brinda es tremendamente original, más aún, si se atiende a sus implicaciones psicológicas, históricas y, finalmente, filosóficas. *Posverdad* logra pensar la novedad de lo posverdadero sin velarlo, sin convertirlo ni en lo pasado, ni en la mentira. Son muchas las referencias que se cruzan en esta obra y, por tanto, son muchas las vías que propone seguir investigando. Su lectura es, gracias al estilo de McIntyre, muy liviana y también altamente informativa. Es en todo caso imprescindible para quien quiera formarse en el ámbito de lo posverdadero y altamente recomendable para todo aquel que como mínimo sospeche que su verdad ya no es de este mundo.

Pablo VERA VEGA  
Universidad de La Laguna  
[pveraveg@ull.edu.es](mailto:pveraveg@ull.edu.es)

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2021.48.11>